

EL POETA, LA PALABRA, EL MUNDO

Cristián Gómez O.

Universidad de Chile

Quisiera comenzar esta presentación¹ confesando lo mucho que me costó empezarla y cuánto más, acabar con ella. Antes de llegar a este texto –que ahora leo para ustedes y que prácticamente terminó escribiéndose solo–, escribí dos versiones iniciales que terminaron en la papelera de reciclaje de mi máquina de escribir.

Y no creo que fuese gratuita esta dificultad. Hace unos cinco años me gradué en la Universidad de Chile con una tesis sobre Jorge Teillier. Lo leí y lo estudié y lo sigo haciendo amorosa y prolijamente, pero todo este conocimiento, que no puedo calificar más que con el calificativo de espurio, no me excluye del desafío que plantea este libro, ya que *Por un tiempo de arraigo* nos entrega un punto de vista, una manera de entender la poesía, que cada vez más se sitúa, sin quererlo, a contracorriente de lo que hoy en día más en boga está: asistimos en este momento a la oficialización en el ámbito de nuestra literatura de ciertas actitudes que no hacen más que desnaturalizar la esencia del ser poético. *Un poeta no debe dejar pruebas, sino huellas*, dijo hace ya muchos años el poeta francés René Char, pero salvo por unos pocos que siguen creyendo en la poesía como un ejercicio de acercamiento y tranquilidad aún en medio de la borrasca, salvo ellos, las palabras de este poeta que Teillier tanto quería hoy no se escuchan. Más bien se ha impuesto como una moda el gesto coloquialista o el chiste sin sentido en busca del aplauso, del reconocimiento y de los premios que no tardan en venir, se ha impuesto el valorar la poesía no por lo que nos dice, sino por quien la escribe, de modo que basta con pertenecer a alguna de las así llamadas minorías para pasar a formar parte de

¹ Este texto fue leído en la casa central de la Universidad de Chile, en el curso de la presentación del libro *Por un tiempo de arraigo*. Teillier, Jorge y Quezada, Jaime. LOM ediciones, col. Entre Mares. Santiago, Chile. Abril de 1998. La presente versión contiene leves modificaciones con respecto al texto original, aunque se ha mantenido el tono fático de éste, con el fin de poder evocar, en la medida de lo posible, la situación inicial para la que fue escrito este texto y en la cual se dio a conocer.

este nuevo panteón. Se olvidan que la poesía debe ser *usual como el cielo que nos desborda*, se olvidan que “el hombre escucha la voz antigua (...) la voz que, un día, detuvo al padre/ de su padre y a todos los de su estirpe muerta”, como nos recuerda Cesare Pavese cada vez que volvemos a leerlo.

Hemos de agradecer, entonces, que este libro de Quezada y Teillier, de Teillier y Quezada y de ninguno de los dos sino de ambos al unísono, sea un libro pletórico y rebosante de voces antiguas a las que damos la bienvenida, voces antiguas que nos llevan un par de décadas atrás –a través de las cartas de Teillier a Quezada y las notas escritas por éste en torno a las cartas– para reconstruir, como diría Soledad Bianchi, ese modelo para armar que es la memoria literaria de nuestro país, especialmente esa década de los '60 que hoy aparece, para aquellos que no la vivimos, adorablemente ridícula en toda su ingenuidad, atestada de esos sueños que estaban al alcance de la mano y que hoy en día nos son tan necesarios.

Hemos de agradecer, también, el lugar que el propio Jaime Quezada se ha dado en este libro: no un lugar secundario, sino el espacio del que le rinde un lúcido pero también entrañable homenaje al que primero fuera el maestro y luego el amigo de muchos años. Pero este libro es, además, mucho más que un homenaje, palabra que no puede dar cuenta por sí misma de la complejidad y lo heterogéneo de estas páginas: *Por un tiempo de arraigo* es asimismo un testimonio de primera mano, desde las mismas fuentes como lo quisiera un historiador, vocación primera de Teillier. Como dije antes, este libro rememora una época en que si Chile no era una fiesta, por lo menos lo parecía, visto desde la perspectiva de estos días. No sé qué otro calificativo pudiera darle a ese tiempo que fue, a esos años irremediabilmente idos cuando las universidades se preocupaban, quiero decir que se preocupaban en serio, de la cultura. Crónica de unos años que todavía esperan su evaluación definitiva por parte de la historia, *Por un tiempo de arraigo* es, por ahora, una de las mejores formas de acercarnos a nuestro pasado y a nuestro presente.

Sin embargo, este conjunto de cartas, notas, artículos y poemas antes dispersos y hoy por primera vez reunidos en un volumen como libro independiente y con vida propia, este conjunto tiene, como decía, la dudosa virtud de habernos convertido a sus lectores en indiscretos fisgones asomados en la intimidad del poeta, voyeuristas que en el capítulo IV, *Poemas inéditos y primeras versiones*, nos colamos en el taller del escritor para entrometernos en el proceso de confección de ese traje no siempre a la medida que debe ser el poema en el cuerpo y en el alma del poeta y su lector.

Más allá de conocer la obra en proceso, los borriones, las tachaduras, el poner entre paréntesis, más allá de la artesanía del poema, del tejido de éste para recordar por un momento a Barthes, el ingreso a esta zona previa de la creación, a estos poemas antes de ser poemas, como el mismo Teillier llamara a algunos de sus textos en cierta ocasión, la entrada en esta zona con acceso

restringido de la vida del poeta pone de manifiesto algo que resumen muy claramente estas palabras de Paul Celan: “*¡Nada más que arte y mecanismo, nada más que cubierta de cartón y relojería!*”. O dicho de otra manera, siempre parafraseando a Celan: “*La poesía ya no se impone más; ella, ahora, se expone*”.

Contemplar, en este minuto, estos aspectos quizá desconocidos de Teillier, nos ayuda a desmitificar buena parte de las zonas oscuras que han quedado en torno a su obra, que hoy debe soportar el peso de los lugares comunes de la crítica que amenazan con ocultar definitivamente los aspectos más inquietantes de esta poesía, que no por lárca deja de tener una indudable actualidad en lo más genuino de su significado definitivo, concepto que aún está por definirse.

Por un tiempo de arraigo es, en este sentido, no sólo un libro, sino también una posibilidad, en nuestro caso, la de gozar sin tapujos del camino que emprende en 1956² un joven nacido en Lautaro, y que —como él hubiera dicho— en su calidad de provinciano prontamente debe partir a la capital, a la aventura. Como Neruda, como ese otro fastidiado jovencito llamado Jean Nicolás Arthur Rimbaud, que ya no aguantaba la compañía de su fiel condiscípulo Delahaye ni las permanentes reconvenciones de su madre y se largaba una y otra vez hacia el París decimonónico y comunero, en busca no sólo del éxito, sino también del amor y la compañía de su amado Verlaine.

Teillier, que prontamente contraerá matrimonio luego de su arribo a Santiago³, se convierte en un alumno más de la carrera de Historia del extinto Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, hoy U.M.C.E.

Y, aunque no llegue nunca a ejercerla, su formación como profesor nunca titulado de esta disciplina supondrá para Teillier una fuente invaluable de conocimientos que le permiten, si no hacer gala de una erudición por completo ajena al esquema de su mundo y sus intereses, sí —en cambio— convertir este aprendizaje en uno de los factores esenciales a la hora de construir el edificio de sus creencias: “*La poesía lárca no es solamente del sur, sino de toda la gente que respete sus tradiciones y antepasados*. Puede darse en cualquier

² Fecha de la primera edición de *Para ángeles y gorriones* (Ediciones Puelche. Santiago, Chile), cuando el autor contaba con sólo 21 años. El título de este libro, según el testimonio del propio Teillier, proviene de un refrán alemán, citado por Heinrich Heine, que reza de este modo: “El cielo hay que dejárselo a los ángeles y a los gorriones”. Para mayor abundamiento, véase la sección V, “El poeta de este mundo”, del libro *Por un tiempo de arraigo*, op. cit., página 122.

³ Teillier se casa a los 21 años, de ese matrimonio nacerán sus dos hijos: Sebastián y Carolina.

lugar. En mi caso específico, corresponde a una herencia de antepasados, tanto mapuches como colonos, una especie de Far West, creo”⁴.

Estas preocupaciones por el pasado y por todo aquello que tenga atractivo histórico, no significan, sin embargo, una fosilización ni de su pensamiento ni su escritura. Teillier es ante todo un poeta y sabe que las causas –incluso las más nobles– se subsumen ante la poesía. En su obra, cada uno de los rescates que acomete en contra del olvido (sean los poemas de un antiguo autor, la luz de una casa olvidada por la noche y por los años, una vieja película o una actriz pasada de moda) deviene, y esto lo digo en el sentido más estrictamente deleuziano, en un testimonio tamizado siempre por la criba inexorable de las modulaciones personales de su voz, como si ese único poema del que siempre habló Teillier⁵ no fuera más que la permanente crónica de un eterno forastero, siempre lejos de su territorio, siempre en angustiante y angustiada búsqueda

⁴ Teillier, Jorge. Entrevista, por Pedro Pablo Guerrero. Revista de Libros, Diario El Mercurio. Santiago, Chile. 8 de mayo de 1994. El destacado es mío.

⁵ Según Ana María Larraín, “la lista de sus publicaciones es reiterativa y da la idea de una permanente recopilación, recogida en unas especies de breviaros como éste, donde, quizás la mayor recurrencia de sus versos –que fluyen al natural, casi sin cuidado– sea el tiempo”. Teillier, por su parte, ha dicho: “Me parece que difícilmente uno tiene más de un poema que escribir en la vida”. En Larraín, Ana María. “Jorge Teillier, poeta de siempre”, en Revista de Libros, diario El Mercurio. Santiago, Chile. 8 de mayo de 1994. En esta misma línea, Leonidas Morales, en su artículo “El libro único de Jorge Teillier” (suplemento Literatura y libros, diario La Época, Santiago, Chile. 12 de mayo de 1996), recoge también esta idea de la circularidad constante entre una y otra de las publicaciones de Teillier, las que vendrían a conformar un solo libro, siendo cada uno de ellos el espejo de todos los otros, unidos por el rasgo común de la semejanza, sumidos bajo la lógica del retorno.

Sin embargo, no puedo más que estar en desacuerdo con esta forma de entender la producción de Teillier, ya que ella no hace otra cosa que desconocer el papel que juega cada momento histórico en la pluma de este autor, que –quiéranlo o no– no puede ser entendido cabalmente si se le desvincula de su contexto. Más apropiados, por tanto, me parecen los vistazos que sobre su obra última realizan Mario Rodríguez Fernández y Federico Schopf, en especial lo que plantea el segundo de ellos, cuando remarca los cambios que se introducen en la poética de Teillier, a partir de *Para un pueblo fantasma* y especialmente con *Cartas para reinas de otras primaveras* y sobre todo con sus dos libros últimos, donde el derrumbe de las certezas iniciales del hablante lárnico se hace evidente: *Hotel Nube* (Ediciones LAR, col. Isla Negra de Poesía. Concepción, Chile. 1996) y el póstumo *En el mudo corazón del bosque* (FCE, col. Cuadernos de La Gaceta. Santiago, Chile. 1997).

de ese lugar que una y otra vez se pierde en un más allá, en otros lugares por definición inalcanzables. Esta es, quizás, una de las máximas implícitas en cada uno de estos poemas: la poesía no es otra cosa que un viaje, sin comienzo ni fin.

No por nada Teillier era un fervoroso indisimulado de libros como *En el camino* o *La isla del tesoro*, que probablemente en una primera lectura podrían aparecer como partes de mundos demasiado diversos, pero que al interior del universo de este poeta cobran una íntima relación en tanto relatos no sólo de un viaje, sino ante todo de un deseo: la busca, si se quiere, de un logro espiritual –y aquí nos alejamos de Deleuze– como respuesta a las carencias de nuestro tan modernizado mundo.

La poesía, *un respirar en paz para que otros puedan respirar*⁶, debía ser entonces (y debiera ser ahora) una respuesta contra el ejercicio momificado de

⁶ Teillier, Jorge. Estas palabras en itálica son un verso que corresponde al poema “El poeta de este mundo”, perteneciente al libro *Para un pueblo fantasma*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, col. Cruz del Sur. Valparaíso, Chile. 1980. Este poema está dedicado a la memoria de René Guy-Cadou (1920-1951), poeta francés con el cual la poesía teillieriana presenta amplias correspondencias. Las obras más destacadas del autor galo son *Helena o el reino vegetal* y *Los Bienes de este Mundo*. Pero, si de definiciones de la poesía se trata, es importante también tener en cuenta aquellas con las cuales Teillier se hallaba más cerca. Entre éstas, una de las más citadas por el autor es la que hace Archibald Mc Leish, quien en su poema “Arte poética”, nos dice:

Un poema ha de ser palpable y mudo
 como una fruta redonda
 Mudo
 como un antiguo medallón al golpe del pulgar
 Silente como piedra alisada
 de un poyo de ventana que el musgo invade.
 Un poema ha de ser, sin palabras
 como vuelo de pájaros.
 Un poema ha de ser inmóvil en el tiempo
 como la luna asciende.
 (...)
 Un poema debe ser igual al
 no verdadero.
 Para toda la historia del dolor
 un portal vacío y una hoja de arce.
 Para el amor
 las hierbas inclinadas y dos luces sobre el mar.
 Un poema no ha de significar
 sino ser.

la palabra, contra la poesía como un mero acto reflejo recurriendo a las retóricas impuestas en una vulgar pegatina de voces, contra la repetición de modelos y discursos aprendidos y repetidos hasta el punto de su propio agotamiento. Así la quiere, al menos, Roman Jakobson, cuando escribe que “la poesía nos protege contra la automatización, contra el moho que amenaza nuestra idea del odio y del amor, de la rebeldía y la reconciliación, la fe y el escepticismo”⁷. Sería necesario considerar, entonces, algunas de las reflexiones que hace Federico Schopf⁸ en torno a la obra de Teillier y que nos pueden ser de utilidad para dejar por fin de lado esos vistazos de brocha gorda que hasta ahora han rondado esta obra de una manera que se ha esforzado en repetir constantemente las mismas obviedades.

Como se puede ver, existe en Teillier un afán por poner de relieve ciertas características del ejercicio de la poesía que parecen ausentes en la literatura contemporánea, desde, por lo menos, la aparición de Baudelaire en las letras occidentales, según las palabras del cubano Eliseo Diego citadas por Teillier en *Por un tiempo de arraigo* (capítulo II, “La morada irreal”, página 30). Cuando el poeta chileno cita a René Char –“a cada derrumbe de las pruebas, el poeta responde con una salva por el porvenir”–, no está más que llevando agua a su molino, al intentar dar cabida al interior del panorama poético que nos ofrece, *la idea de que es posible vivir, por intermedio de la poesía, una experiencia de plenitud en nuestro lugar de origen o cualquier otro mundo que habitemos*. De hecho, el artículo que le da título a este libro –“Por un tiempo de arraigo”, diario El Siglo, Santiago, Chile, domingo 13 de noviembre 1966, no del ‘56 como inexplicablemente aparece en esta edición– trata de una polémica suscitada en la época alrededor del tópico del éxodo y del desarraigo, aún vigente, por lo demás, aunque quizás bajo otros términos, en nuestros días. El planteamiento del autor de *Para un pueblo fantasma* apunta sus dardos contra todo aquel que anhelara –habla específicamente de los narradores de la generación del ’50, léase Donoso, Lafourcade y otros– el establecimiento de sus posibles identidades culturales sobre la base de referentes extranjeros. Teillier aboga, en lo medular, por el logro de una identidad entre el creador y su espacio natal, con su historia y tradición particular, sin entrar, en todo caso, en ninguna clase de nacionalismos estériles. En esta perspectiva, saca a relucir los nombres, entre otros, de Floridor Pérez, Nicomedes Guzmán o Baldomero Lillo, quienes afrontaron, sin ninguna clase de remilgos, todos los obstáculos y las postergaciones que le ofrece nuestro país al oficio de escritor.

⁷ Jakobson, Roman. *Escritos sobre lingüística, teoría y poética*. Ediciones de la Flor. Buenos Aires, Argentina. 1976.

⁸ Schopf, Federico. “Una catástrofe tranquila”, en suplemento Literatura y libros, diario La Época. Santiago, Chile. 12 de mayo de 1996.

En primer lugar, Schopf se muestra renuente a reconocer desde la partida el establecimiento del mundo láríco que nos propone Teillier. En cambio, no escamotea la labor de desentrañar los códigos de producción de los cuales se vale esta poesía. Por lo pronto, Schopf constata la ausencia en Teillier de la violencia sobre la que históricamente fue fundada la zona de la Frontera, nuestro particular Far West, donde transcurre buena parte de la obra inicial de Teillier. Luego, este crítico repara en dos aspectos que me parecen de capital importancia para re-visitarse con nuevos ojos los poemas de nuestro poeta. Uno de ellos se refiere hacia la capacidad de seducción que ofrece esta poesía. Si recordamos que el mundo láríco es equivalente a un universo reconciliado, donde se han apagado las fuentes del conflicto, donde el hogar y la comarca ofrecen su cuota de seguridad y resguardo, de igual manera debemos recordar que este amparo ofrecido por un mundo que fue, que *ya no es*, es un amparo en permanente amenaza por la distancia que se establece, cada vez mayor, entre el hablante y su lugar de origen. Por lo tanto, es digno de ser destacado en esta poesía no tanto sus aires elegíacos y nostálgicos por un mundo que se encuentra en un paulatino estado de corrosión, sino sobre todo su provocadora utopía de aquel tiempo perdido, de cualquier tiempo, en realidad, y también de cualquier lugar. Oigamos a Schopf: “Nunca se insistirá bastante en el velado poder de seducción de esta escritura, que es capaz, sin traicionar a nadie que haya confiado en ella, de sustituir el objeto del deseo, la promesa del poeta, hasta el diseminado momento en que llega a ser, no el recuerdo del pasado, sino la utopía que corresponde a ese pasado o a cualquier otro tiempo presente o por venir, quiero decir, en tanto utopía del origen, la pertenencia, y la conciliación consigo misma y con los otros”.

El segundo aspecto fundamental en la mirada de Schopf concierne a la relación de Teillier con la modernidad. Por mucho que se pueda pensar que el poeta no es otra cosa que un hijo bastardo de este momento histórico y cultural, habría que decir que desde el comienzo mismo de su escritura, hay un puente cortado entre el hablante y el mundo que él se inventa, hay una distancia que mientras más se evoca esa edad de oro, más ésta se aleja. “Su aproximación al pueblo natal –a sus vestigios– está mediatizada por los efectos de su emigración a la ciudad: desamparo, ausencia de comunicación, agresión. El poeta regresa contaminado al lugar de origen, transformado en otro. Su anhelo del mundo láríco es también –o ya era– un sueño de la modernidad”.

Son de rigor, a estas alturas, las referencias a tres aspectos que me atrevería a llamar manidos en torno a la poesía teillieriana: la aldea como un lugar mítico, la infancia como una edad de oro, la presencia de la región de la Frontera como un medio ambiente preferencial de esta poesía, características que marcan mi sana y necesaria distancia con el prólogo del acucioso Jaime Quezada al libro que hoy nos convoca. El problema con estas singularidades en torno a Teillier es que, si bien son perfectamente coherentes con buena parte de su

escritura, no son comprensivas de las distintas etapas del escribir teillieriano, el cual no siempre se mantuvo semejante a sí mismo, a pesar de que el mismo autor una vez expresara: “Me parece que difícilmente uno tiene más de un poema que escribir en la vida”⁹. Y para seguir citando al poeta, fue él quien señaló que la poesía lárca no era sólo poesía de aldeas, “sino de toda la gente que respete sus tradiciones y antepasados”, como citábamos unos párrafos más arriba, fue él quien publicó un 13 de noviembre de 1965 un artículo titulado “*La terrible infancia*”, donde plantea que la imagen de una infancia sin sobresaltos ni contradicciones no se compadece ni con la realidad ni con lo que muchos autores –Jean Cocteau y Richard Hugues entre otros– han escrito sobre ella, fue Jorge Teillier quien conversando una entrevista con Carlos Olivarez señalaba: “A mí me gusta el centro de la ciudad. Me gusta que haya smog”, en una clara alusión a la posibilidad de refundar secretamente una ciudad con espacios donde todavía sea posible una experiencia vital que se acerque fugazmente a la plenitud.

Teillier, quiérase o no, es un autor político, vital y no escapista, contrariamente a lo que pudo pensarse hasta ahora. Y cuando digo político quiero decir que él se ha convertido en una piedra en el zapato de esta modernidad tercer mundista y advenediza que no trepida en borrar cualquier rastro de la memoria, esa que Teillier tanto se esforzó por mantener.

Para terminar, quisiera citar un breve párrafo del libro. Dice el poeta: “Yo creo que ya no entran poetas a la Casa Central de la Universidad de Chile. Hace tiempo”. Jorge Teillier formó parte durante muchos años de esta universidad, primero como alumno del Pedagógico, luego como funcionario en el Boletín de la universidad, ocupando la oficina n° 229, que está aquí en el segundo piso de este patio. Pero creo que hoy no podría formar parte de esta Universidad asediada por la insólita exigencia de verse en la obligación de tener que autosolventarse, porque los últimos gobiernos han sido incapaces de mantenerla como es debido, no podría formar parte de una Universidad donde buena parte de sus alumnos se olvidaron del espíritu de la discusión para reemplazarlo por antifaces y el sagrado rito mensual de las barricadas y los pedrazos.

Sólo quisiera terminar respondiéndole a Teillier, diciéndole –sé que me escucha– que no se preocupe, hoy los poetas estamos de nuevo en esta casa, ojalá para quedarnos. Hemos vuelto.

⁹ Véase la nota n°5